

SEGUNDO PUESTO

La paz flotaba en el río Magdalena

Andrés Trece

| 71 |

Muchos años después, flotando inerte en el río, Gisele había de recordar aquella tarde remota en que fuimos a conocer la Casa de la Moneda. La Luis Ángel era entonces una biblioteca para seis millones de habitantes construida a la orilla de una vía que se precipitaba sobre un nido de ladrillo salmón que como un gran volumen prehispánico nos esperaba a la noche. Nuestra historia era tan reciente que muchos actos de amor carecían de nombre y al vivirlos no quedaba más que señalarlos con el dedo.

Sí, ese inicio es de Gabo pero esta es otra historia, esta no va de familias enormes y tiempos cíclicos, esta desmiente que la historia misma tenga sentido y, en últimas, es una historia llena de dolor pero al mismo tiempo sobre cómo se vive en esperanza.

La Mona (que así le decíamos la mayor parte del tiempo) era novia de Leo, quien por ese entonces era el ejemplo perfecto de lo que San Agustín llama un amigo enemigo: sus planes siempre estaban al borde de lo legal y —en mi hoy— un poco vacíos, pero pues... cada quien. Aún recuerdo el día en que me citó en su hogar: un apartamento pequeño a unas cuadras de Nueva Santafé.

Ese día llegué a ese primer piso donde un patio grande y abandonado parecía un trocito de selva por el pasto delgado e hiriente, pero fino y muy alto, donde una fuga al borde del amanecer habría sido exitosa. Ese apartamento siempre llega a mi mente por el impecable piso en linóleo que brillaba como la plataforma en que reciben a Darth Vader mientras suena la Marcha Imperial.

“Por acá debió escapar Bolívar en la Noche Septembrina” nos decíamos, mientras probábamos el café de doña Gloria, su madre. Y reíamos, porque Leo no entendía nada, pero hacía cara de que sí, pues no quería quedar mal en esa casa, la Mona era muy culta y su papá medio socialista y la mamá era oficinista de Fecode, así que la figura de Bolívar y su biografía siempre estuvieron sobre alguna mesa y bueno, todo ese rollo del complot fue a pocas cuadras de ahí.

En el apartamento siempre olía a café de olleta, esa rara mezcla del sabor del grano con el de la candela viva, que no importa si es de leña o de una estufa de ciudad, pero que es tan lejano de la greca en salón de profesores que produce tantos sinsabores. Sin embargo, ese día olía extrañamente a formol.

Cuando seguí a la sala saludé a los dos hermanos que estaban sentados en el comedor con cara de pocos amigos; en la mesa había una 38 larga. Traté de aparentar calma. La Mona salió del cuarto y me dejó estupefacto: tenía el ojo morado. Y no morado como si se hubiera pegado con la puerta o algo así, era obvio que le habían medido una trompada que le había parchado el ojo. Eso fue Leo, pensé de una, y estos dos manes lo están buscando pa' matarlo, esto ya lo ví en Cóndores no entierran todos los días, así que me voy a portar con la solemnidad de un plan hecho por todos. Casualmente iba vestido de negro como demandaba la ocasión, aunque, pensándolo

hoy, esa pinta no era al azar: eso era como un uniforme en la Facultad de Artes de la Nacho.

La Mona tenía cara de acontecimiento y me dijo: “Necesito que te sientes”. Obvio, la complicidad en el asunto me puso en modo de alerta; si bien yo era amigo de Leo, era evidente que mis amores estaban con la Mona y si ella tomaba el camino de terminarle, pues en ese piso brillante me quedaba yo. Creo que en ese momento pensé lo mismo que hoy y extrañé a doña Gloria, la mamá de la Mona, que no sólo obligaba a propios y a extraños a usar zapatones, sino que me enseñó que en buena cultura cafetera uno no le echa azúcar al café y se aguanta el amargor como se aguanta una pena de amor: “sin hacer jetas”. Aún hoy extraño a la casi suegra, pero prometí una historia de tiempo no cíclico así que digamos que extrañar a alguien con quien se comparte el amor por la Mona es una constante, no un ciclo.

Las caras lúgubres me tenían muy tenso y yo no podía ni bajar el tinto mientras la Mona hablaba de no sé qué: “que tenía que estar tranquilo, y que venían tiempos difíciles, y que la vida y que el amor, y que Leo iba a llevar la peor parte, pero que eso era lo de menos, el man en últimas era una especie de parásito chupa vida y que bueno, le había pegado pero que los hermanos no lo iban a matar porque ella iba a terminar con él, pero este otro problema, real y urgente, era más relevante y que pues sí, que ella entendía que yo estaba enamorado de ella y que...

Y ¡pum! Con esas palabras volví a la tierra de totazo y mi vida pasó como una película y rebobiné hasta la entrada y recordé que no tenía los zapatones y que recibí un tinto que ahora no encontraba, pero que la tacita tenía el borde dorado y una flor estampada, y no recuerdo cómo pero yo ya estaba en el sofá y que los hermanos

habían salido a prender un Peche o algo así y la Mona tenía mis manos entre las suyas y me miraba a los ojos y me decía que era obvio que nos amábamos y entonces, para mí, el tiempo se detuvo con esa declaración íntima e inesperada, y me llegó el olor al almendro en el patio y a tierra mojada y a hormigas rojas que se devoran la creación pero lo hacen hojita por hojita.

Sentí que se me escurría una lágrima, porque lo que yo tenía era un amor en el guar güero que no me dejaba respirar, pero esto lo cambiaba todo. Esa declaración de amor era mutua y compartida, y por alguna extraña razón yo la sentía antigua y que había estado ahí desde siempre, desde ese primer día cuando la ví subiendo la escalera del 303 con su novio de entonces y pensé que eran personas así de hermosas las que seguramente inspiraron a los humanos cuando se imaginaron a los elfos y sus cabellos de oro y sol, porque una mona como esa solo existía en las películas, y me enamoré a primera vista de ese pelo y de sus ojos pardos y ahora estaba ahí, hablando cosas de mortales. Y sí, yo sé que uso mucho la y pero es que todo llega a la mente así porque me acuerdo de ella y cada cosa del pasado cobra vida simultáneamente. En eso la cagan quienes interpretan a Gabo, el tiempo no es cíclico, el tiempo está pasando todo en un mismo instante que raya de luz cada segundo humano.

Y entonces ella dijo: “bueno, así que cuando vuelva vamos a estar juntos muchos años y criar dos hijos en este jardín, pero no les vamos a poner Anaximandro de Tales y Anaximandro de Mileto como vos querés, sino que se van a llamar Aureliano y Remedios, porque van a ser nuestros y van a crecer entre este patio que se lo va a comer el pasto; pero por hoy necesito que entiendas que me voy la otra semana y que no sé cuándo vuelva”.

Yo quedé atónito porque no entendía de dónde un viaje tan repentino, y siguió: “El Comandante Papito nos está llamando a entregar las armas, por eso están acá mis hermanos, que no son mis hermanos de sangre sino de luchas y con ellos me voy; no sé cuándo vuelva pero vamos a firmar la paz porque el tiempo que necesitamos para la vida es este y yo quiero mi vida con usted, pero para empearla necesito que confíe en mí y que me espere”. Quedé lívido. Los hermanos me miraban envejecidos desde el patio mientras limpiaban un par de sonrientes fusiles que seguramente habían estado todo este tiempo esperando entre el pasto.

Ella se fue, literalmente; no hubo más despedida que esa demoleadora charla en el sofá. Aún recuerdo que durante semanas miré cada noticiero con la esperanza de que pasara caminando con la tropa, estupefacto al pensar que la persona que conocí en el día a día de montar exposiciones de arte tenía esa otra vida, esa otra lucha, ese otro actuar que al mismo tiempo era lógico en alguien que sentía como propio el dolor tras cada injusticia, cada acto atroz, cada tormento que producían los nefastos gobiernos que tuvimos que vivir y que aún vivimos. Entendí eso otro, hasta ahora innombrable, que amaba en esa mujer increíble que parecía entender más de la vida que todos los demás juntos y que generalmente yo traducía como rebeldía.

Y la imaginaba caminando por esa trocha que llevaba a Caloto, con las montañas a lo lejos y el caminito que se pierde a la distancia porque baja, se esconde tras el cerrito que uno pisa y luego vuelve a salir; y el cuidado con la tropa porque seguían hostigando a quienes iban al punto de concentración... y después, cuando la paró un retén militar y que vieron los fusiles; y que se la llevaron al cerro

con sus hermanos, amordazados y con los ojos vendados, y que los milicos fingieron un pelotón de fusilamiento y que dispararon y que los dieron por muertos y que los botaron al río Magdalena, que se llama así por las lágrimas de esa amante que pierde a su amor... no, a nuestro amor.

Y también la imagino hoy, flotando en el Río Grande de la Magdalena, que es así, inmenso, por tanta lágrima de amantes que lloran a sus muertos por la violencia, cuerpos que flotan en su camino al mar... y ella con las manos para arriba y la cara mirando al infinito, como Ofelia. Era inevitable: el olor de las aguas amargas me recordaba el destino de los amores callados, tal como también dijo Gabito.

Entonces habrá mirado al cielo y visto que no había gallinazos sino una golondrina solitaria que dibujaba figuritas con su vuelo como cuando Cristo agonizaba. Habrá abierto los ojos y sentido la paz de los amantes que flotan en las lágrimas y una sonrisa se le habrá dibujado en el rostro porque siempre había pensado que se iba con sus hermanos de lucha en algún combate y no en un retén tonto e improvisado. Los habrá visto en la playa corriendo mientras señalaban su cuerpo a los lancheros que, para recogerla, apartaban las flores que flotaban a su lado y habrá pensado: con que así termina la paz, con que esto es la muerte.

Volvió una mañana de septiembre. Nos abrazamos una hora.

Veinte años después se la llevó el cáncer, otra batalla que tuvo la Mona, una que perdió, pero prefiero recordarla por ese triunfo que

fue darlo todo por un territorio de paz y esperanza para vivir amores eternos mientras el sol nos pega en la cara recordándonos que es posible construir un mundo mejor.

Andrés Trece
Director académico
Arquitectura
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.